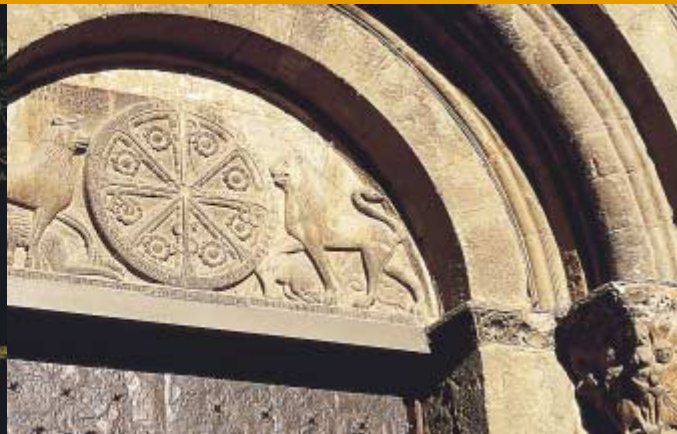


Jaca, iglesia reconstruida procedente del Villar de Sarsa



Puerta principal de la Catedral de Jaca. Crismón

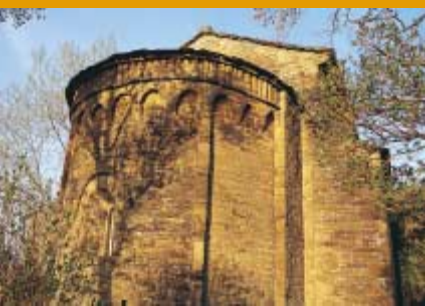
La llegada de ese cristianismo asentó comunidades permanentes a orillas de los caminos, desde las cuales se atendió con cuidado ese espacio protegido por el bosque y la altura en el que pervivía el paganismo. Desde ellas se fue consolidando ese asalto a través de los siglos y especialmente cuando -en el siglo X- los monjes se convierten en los motores de la colonización de estos territorios, a los que ponen en cultivo, en los que generan caminos de accesibilidad, a los que convierten en ámbitos de ocupación humana. Esta gran operación de conquista del espacio montañoso se acompañó de un proceso de creación de puntos de encuentro, de espacios que asumieran la nueva sacralidad. Y es entonces cuando el espacio altoaragonés comienza a llenarse de pequeños edificios religiosos que son la referencia para la vertebración del territorio.

Es un tiempo de novedades y de cambios, es el momento del Románico. Los arcos se voltean camino del medio punto, las plantas de los pequeños edificios recuerdan la cruz, las paredes van incorporando la piedra como instrumento de pervivencia, como símbolo de la inmortalidad de Dios. En su interior se reza y se convive, algunos eremitas convertidos en monjes atienden el culto, muchos hombres y mujeres se vinculan a ese espacio para lograr conquistar la eternidad.

En los lugares más inhóspitos se reza continuamente, en medio de esa paz del aislamiento y por religiosos que han conquistado el papel de nuevos líderes. Monasterios como el de San Víctorán o el de San Juan de la Peña se convierten en ámbitos de salvación, en iglesias desde las cuales se pueden intuir las escaleras que llevan al cielo. Los templos se construyen como espacios de oración, con escasa luminosidad, con vocación de recogimiento entre la fría piedra de sus paredes. Los claustros se levantan como un gran libro en el que explicar los misterios de la vida, la historia del pueblo de Dios. Esculturas con ojos expresivos para impresionar, escenas fáciles de reconocer, secuencias que narran con un ritmo casi cinematográfico, proliferan para consolidar la religiosidad de un pueblo que vive de los recursos de la montaña y que se mantiene por la ilusión de conquistar algún día tierras más agradecidas.

Este Románico de los monasterios de los monjes benedictinos se exporta a las nuevas poblaciones. Son las pequeñas iglesias románicas que nacen después del año mil, como agradecimiento a que no ha llegado el temible fin del mundo. Una constelación que algunos pueblos deciden pintar, decorar con escenas de la Biblia que les ayuden a vivir y morir en esa ignorancia que les impide entender lo que dicen los valiosos libros. Todo contribuye a definir una sociedad que gira en torno a Dios, con unas gentes que asumen la obligación de rezar para lograr la salvación de los demás, mientras otros asumen el papel de defender la tierra de los peligros que la acechan. Nacen esos castillos de impenetrables muros que alcanzan sus mejores tipologías en Loarre o en el conjunto defensivo de Muro de Roda, esos castillos y murallas que serán el punto de partida del avance hacia la llanura, de la empresa de ampliar el territorio buscando campos llanos en los que cultivar los alimentos con los que alimentar a una sociedad que ha crecido tan deprisa que pasa hambre.

Monasterios, iglesias y castillos, símbolos de ese mundo Románico que surca el siglo XI, son las imágenes de la creación y expansión del reino de Aragón, que nace en los valles del río que da nombre al estado. Pero ellos serán también el símbolo del nuevo tiempo, con sus paramentos más cuidados, sus decoraciones más abundantes, sus espacios más amplios, cuando todo ese movimiento cristianizador reciba el espíritu de la peregrinación a Santiago de Compostela y potencie el gran eje pirenaico, el camino por el que también se conectan los mercaderes musulmanes con los artesanos cristianos. Si primero fue el camino del Valle de Echo, con su vieja calzada y su iglesia carolingia, después será el camino del Somport con ese monasterio de Santa Cristina, considerado como uno de los tres más importantes del mundo. Si primero fueron sendas y penurias, después serán buenos caminos y atenciones, cuidados médicos y artesanos del calzado que reciben ya en Jaca a los peregrinos.



Abay, parroquia románica de San Andrés

## El mundo del Románico